

ODA

DEL

Sr. D. FLORENCIO VARELA,

Poeta Argentino,

A LA

HERMANDAD DE CARIDAD

DE

Montevideo.

I. 249444

LA Piedad de Eneas, la prudencia de Ulises, y la elocuencia de Colocolo se habrían perdido entre la multitud de los que los igualaron y excedieron, si Virgilio, Homero, y D. Alonso Ercilla no las hubiesen inmortalizado en sus cantos. La Hermandad de Caridad de Montevideo fué feliz en que sus tareas filantropicas no hayan sido del todo perdidas para el miserable enfermo, y el huérfano desamparado; pero la amenidad del Sr. D. FLORENCIO VARELA las hace aparecer de una importancia infinitamente mayor que la que tienen, y nos estimula á redoblarlas para merecer una parte siquiera de los elogios que tan generosamente nos tributa. Ojala nuestros nuevos esfuerzos sean segundados! Ojala

lleguemos un día á ser copias del original de su Oda! y ojala ella y los sentimientos de su Autor se graben profundamente en todos los corazones virtuosos, para convencimiento de que el hombre de luces *enseña* de mil modos á *socorrer al infelice*.

Hospital de Caridad de Montevideo 3o de Marzo de 183o.

Los Hermanos de la Caridad.

A LOS SEÑORES DE LA HERMANDAD DE CARIDAD

SEÑORES;

*T*engo el honor de poner en manos de Ustedes la adjunta composicion métrica, en elogio de la benéfica Institucion, que lleva el nombre de HERMANDAD DE CARIDAD.

La visita que hice al Establecimiento, que Ustedes han destinado para asilo de los desvalidos, de cualquier clase y condicion que sean, ha producido en mí los sentimientos, que la vista de ese monumento de piedad no puede dejar de excitar en cualquier hombre, cuyo corazón no se halle corrompido por el vicio.

He visitado los diversos departamentos del HOSPITAL Jeneral; las reparticiones destinadas á los Niños Expósitos, y todas las demás del Establecimiento; he visto el cuidado y delicadeza con que se atiende á los Enfermos; el esmero, verdaderamente paternal, con que se vela sobre la crianza, mantenimiento y educacion de los Huérfanos de ambos sexos, que se hallan recojidos en la Casa; he fijado mucho mi atencion en el gran

Todo que se procura conservar en los alimentos, en los ropas y en las habitaciones; objeto de la mayor importancia en Establecimientos de esta clase, como que es uno de los preceptos de la Higiene, y uno de los recursos de la Clínica. Hé leído los diversos reglamentos sancionados por Ustedes para el régimen interior y administrativo del Establecimiento; y me he tomado, por último, la libertad de examinar, invitado por uno de los Hermanos, los libros y la contabilidad de algunas de sus Oficinas. Todo esto, Señores, me ha convencido de que no hai en nuestra América un Establecimiento de Beneficencia Pública, independiente de la Autoridad, que sea sostenido con mas empeño, con mas filantropia, con mas desinterés y pureza que este; ninguno que honre tanto al Pueblo que le sostiene, como honra à esta CAPITAL el que està á cargo de la HERMANDAD DE CARIDAD de Montevideo.

En efecto, Señores, es nuevo en América, al ménos para mí, el ejemplo de una cantidad crecida de hombres, de viso en su país por sus riquezas, ó por su posicion social, que consagran una gran parte de su tiempo, y trabajos no pequeños, à obras puramente de caridad, y à sostener un Establecimiento de beneficencia, sirviendo como empleados en él, todo sin mas recompensa que la satisfaccion de hacer bien à sus semejantes. Si por desgracia, esta conducta noble y honrosa no tiene aun imitadores, merece sin duda tenerlos; y es preciso para esto, que los otros Pueblos ten-

gan noticia de lo que aqui se hace por la HERMANDAD DE CARIDAD.

Puede ser que esta idea haya sido la que me movió, entre otras, à escribir esa mala composicion; pero estoi persuadido à que, careciendo de mérito real, como poesia, tampoco puede presentarse como la historia del Establecimiento; y yo me contentaria con que este elogio, que me arranca tambien un sentimiento de gratitud, como individuo del Género Humano, produjese el efecto de que los que pueden hacerlo recomendasen à la consideracion pública, y propusiesen por modelo à otros pueblos, una obra tan digna de alabanza como la de Ustedes.

Por lo demás, no tengo la vanidad de creer que mis versos contribuyan à dar celebradà à ese Establecimiento. Las grandes acciones se recomiendan por sí mismas desde que son conocidas. He creido, al escribir aquellos, satisfacer los impulsos de mi corazon, y una deuda de gratitud à los que miro como bienhechores de mis semejantes. Bajo este sólo concepto, suplico à Ustedes se sirvan admitir mis versos, y con ellos la distinguida consideracion con que queda de Ustedes afectísimo servidor.

FLORENCIO VARELA,

Montevideo 30 Marzo de 1830.

A LA HERMANDAD DE CARIDAD

D E

MONTEVIDEO.

ODA.

Miseris succurrere disce.

¡Con que es verdad que el Vicio entronizado
Rije nuestros destinos; que su aliento
Pestilente ha apagado
De la Virtud la antorcha; derrocado
Con su mano el altar desde el cimientó,
Y que yace en el Mundo
El gérmen de los bienes infecundo?
No; que en la excelsa cima,
Dó el Eterno fijó su solio augustó,
Arde sin fin la llama, y ella anima
Con su sagrado fuego al hombre justo.
Al fin los ojos míos,

Que tanto tiempo con dolor vagaron,
Huyendo de espectáculos impíos,
Un objeto encontraron
En que fijarse sin horror: y mi alma,
Marchita, acongojada,
Con tanto crimen como el suelo encierra,
Hallá por fin dó reposar en calma
La agitacion pasada;
Y revive, al mirar que aun en la tierra
Se adora la Virtud. Sí; que hasta el Cielo
Veó elevarse el grande Monumento,
Que con noble desvelo,
Alzó la fraternal Beneficencia,
Para ofrecer asilo y valimiento
Al mísero que gime en la indigencia.
A su vista, de gozo arrebatado
Late mi corazón; mi fantasia
Se inflama en el momento;
Un Númen Celestial mueve mi aliento;
Y á su impulso lanzado,
Entona ya con grata melodia
El canto de alabanza, que merece
La Virtud que en silencio resplandece.
¡Ni como he de callar? ¡Pues que! ¡podria
Reservarse tan solo el don del verso
Para ensalzar al opulento erguido,
Que de escándalo sirve al Universo.

Viviendo en el deleite sumerjido,
Mientras una parte del linage humano
Sin sustento perece? ¡O solamente
Es digno de cantarse el inhumano,
Cuyo orgullo insolente
El carro precipita de la guerra
En la azorada tierra;
Y furioso atropella
Al jóven y al anciano,
Al niño y la doncella;
Y por dó quier pasó la ronca rueda
Yermo el terreno y asolado queda?.....
¡Esto, gran Dios, se canta! ¡Y se venera
El nombre del Coloso, que algun dia
Con su mano abarcó la Europa entera,
Cuando á su carro triunfador la unció;
Y de su acero el formidable filo
Sañudo devastó cuanto se encierra
Desde el Rin á Moscow, de Italia al Nilo;
En tanto que á la tierra
No hai quien enseñe los sagrados nombres
De los ilustres hombres,
Que en enjugar las lágrimas ajenas
Hallan tan solo ocupacion constante;
Ni viven mas que de endulzar las penas
Con que ven oprimido al semejante?
Mas yo los cantaré. ¡Que importa ahora

Que el venenoso diente
Cebe en ellos la Envidia roedora;
Que sus trabajos la maldad desdeñe?
¡Que importa que un demente
Con solo un soplo en apagar se empeñe
La lámpara del Sol? El astro hermoso
Sigue su curso, que ninguno ataja,
Y derrama su lumbre bondadoso
Sobre el mismo insensato que le ultraja.
Venid, venid vosotros, los que erguidos
En ociosa opulencia,
En jamas escuchásteis los gemidos,
Ni el doliente clamor de la indijencia;
Los que á la Compasion siempre negados,
Ignorais la amargura
A que la suerte dura
Condenó á tantos seres desgraciados;
Venid al rico suelo del Oriente,
Y contemplad el Edificio hermoso, (1)
Que alzó la Caridad pura y ardiente

(1) El Hospital jeneral de Montevideo, levantado al pié en que se halla, y sostenido por los Hermanos de la CARIDAD, és, sin duda, uno de los mejores edificios de esta Capital. A él esta unida la Casa de Expósitos, que tambien sostiene la *Hermandad*. Acaban de colocarse sobre la puerta Principal del Edificio tres Estatuas de mármol blanco, que representan la *Maternidad*, la *Religion*, y la *Constancia*.

De un hombre generoso, (2)
Que ya la oscura eternidad abarca,
Mas qué dejó en el suelo,
Por vengar el ultraje de la parca,
Dignos imitadores de su zelo.
Mirad ese edificio: entre sus muros
Ni brilla el oro, ni deslumbra el lujo,
Que con afanes duros,
De remotas regiones
El orgullo condujo,
Para adornar espléndidos salones,
Donde engaña la vida el poderoso
Con el bullicio del festin pomposo.
Modesta sencillez, silencio santo
En sus muros abriga, ó solamente
Se interrumpe algun tanto
Con el clamor del misero doliente,
Que desde el triste lecho,
Donde la Caridad sus males cura,
Bendice entre su pecho
La mano que el alivio le procura.
Penetrad su recinto religioso;
Sus salas recorred; y confundidos,
Resonar sentireis en los oídos

(2) El finado D. Francisco Antonio Maciel, fundador de este Establecimiento. La *Hermanidad* recuerda con veneración su nombre y sus servicios.

Un eco misterioso,
Que por dó quiera os dice:
Aprende á socorrer al infelice.
Y se aprende, es verdad. Las vastas salas
Pobladas ví de semejantes mios,
Que en dolores impios
Hundió la Enfermedad, cuando sus alas
Sobre ellos desplegó; y en su morada,
Desvalida, indijente,
Esperaban la muerte lentamente,
Del hambre y la miseria acompañada.
Pero la Caridad, que siempre vela
En bien del desgraciado,
Asilo y proteccion alli le ofrece,
Le auxilia, le consuela;
Y con blando cuidado
A la parca homicida
La victima arrebatada, y restablece
La fuente casi exáusta de la vida.
Yo lo ví, por mi bien; y de mi pecho,
De placer y ternura conmovido,
El suspiro lanzóse en el momento,
Que prolongaba el silencioso techo
Con eco repetido;
Mientras mi llanto sin cesar bañaba
El santo pavimento,
Que con respetó religioso hollaba.

Mas ¿que nuevo espectáculo se ofrece
A mi alma enternecida? ¿Quien me llama
Con mas grande interes, y mas acrece
La grata admiracion que ya me inflama?
¿Con que en esta morada bienhechora
Tan solamente á la Virtud se adora?
Sí; que en sus mismos muros levantado
Tambien hallo el benéfico Instituto,
Donde se abriga el inocente fruto
De un amor desgraciado,
Por la moral severa condenado.
Instituto de bien; honor eterno
Del pueblo que le funda;
Prodijio de cordial beneficencia,
Fuente siempre fecunda
De todo sentimiento noble y tierno;
Obra inmortal que la virtud dirige;
Y ofrenda la mas digna, en la presencia
Del Dios exelso que los mundos rije.
¡Ah! el Amor, que todo lo trastorna,
El frenético Amor asaltò el pecho
De una incauta muger: cayó marchita
La gracia virginal, que al sexo adorna;
Y en criminoso lecho
El fruto nace de la union vedada.
Desde el fondo del alma al punto grita
El austero pudor, y desolada

La madre miserable,
Apura del dolor la hiel amarga,
Mientras que á la opinion inexorable
Sus desagrazios el pudor encarga.
Entónces la infeliz sufre la pena
A su culpa debida;
Cuando de angustia y de tormentos llena,
A la voz del honor obedeciendo,
Lèjos arroja el sèr á quien dió vida,
Que el pecho maternal está pidiendo.
¿Y quien le abrigará? ¿Solo y tendido
Sobre helado suelo,
¿Ninguno oirá su llanto dolorido?
¿Será que la miseria le destruya,
Y pague el inocente pequeñuelo
Con la vida una culpa que no es suya?
No, no será; la Caridad sublime
De los hombres benéficos, que miran
En cada semejante un nuevo hermano,
Y al bien de sus hermanos solo aspiran,
Al huerfanillo que desnudo jime
Tienden al punto la oficiosa mano;
Ellos allí le dan albergue y cuna,
Ellos educacion, ellos fortuna.
¡Salud, hombres ilustres! Mientras brama
El implacable Jenio de la guerra,
Bañando en sangre la preciada tierra

Que en otros siglos á Colón dió fama;
Mientras tantos millares de insensatos
Solo se ocupan en soplar la llama
De la Discordia atroz, que entre el estruendo
Del campo y los guerreros aparatos,
Una jeneracion và consumiendo;
Vosotros, en silencio reunidos,
Empleais vuestras vijilias, meditando
El modo de aliviar mas desvalidos,
De hacer que sea el infortunio blando,
Y llevadera la miseria. El mundo
Hoi vuestras obras todavia ignora,
Por que el siglo de ahora,
En maldades fecundo,
Las mas nobles acciones
Por medio vè del engañoso prisma
Que á los hombres presentan las pasiones,
Siempre que la Moral es un sofisma,
Y un sueño la Virtud. Mas vendrà dia
En que alzada hasta el Cielo
La voz de tantos hombres
Como deben la vida à vuestro zelo,
Proclamará à porfia
Vuestros grandes trabajos, vuestros nombres,
Y el mundo agradecido
Sabrá pesarlos en mas fiel balanza,
Y os pagará el tributo merecido

De dulce gratitud y de alabanza.
Seguid vuestra taréa, y entretanto
Permitidme siquiera
Que mi menguado canto
A la luz saque, por la vez primera,
Tantas obras de bien. Si entre mi pecho,
Por mi mal, algun dia
Desmaya la Virtud, yo iré volando
A penetrar bajo el sagrado techo
De ese asilo feliz; el alma mia,
Entònces vuestro ejemplo contemplando,
Al sendero perdido
Conseguirá volver; arrepentido,
La huella seguiré que me revela
El Jenio que bendice
A la ilustre Hermandad, y en esa escuela
Aprenderé à aliviar al infelice.

